



EL CAMINO

Meditación en la autopista

J. Ignacio Tellechea Idígoras

«Todos los caminos llevan a Roma», según el dicho popular. En realidad, los caminos llevan a cualquier parte y a ninguna: es cuestión de saberlos usar. Además del camino, está el caminante: con voluntad de caminar, con decisión para encaminarse y con atención para no verse desaminado. La seguridad que proporciona la autopista facilita la meditación, mientras la vista se funde y difumina en el paisaje. He reeditado mis pensamientos, los he ado-

bado con algunas lecturas, tirando del cabo del discurrir espontáneo y enriqueciendo una intuición originaria, una vivencia, con el entorno de un estudio más reposado. Vamos de la autopista al sencillo camino.

CAMINO: palabra y realidad humilde y tierna, sin más hondura que el grácil posar de la planta, con huellas suficientes como para marcarnos una dirección. Al principio no había caminos. «Se hace camino al andar», dice el

poeta A. Machado. Aunque caminante venga de camino, primero fue el caminante: el que fue marcando caminos, y esas formas aún más frágiles y modestas de la vereda y la senda. Esto quiere decir que los caminos tienen historia y que a su vez contribuyen a hacer historia, a remediar distancias, y enlazar novios, sabios o imperios. Acaso nos olvidamos de la importancia de los caminos de mar, hoy de los del aire. El camino prototipo es el que va marcándose sobre la tierra, sobre la tierra fértil, en que para nacer el camino es preciso que muera la hierba; o sobre las arenas y el desierto, donde basta un soplo de viento para borrar las huellas del camino. Sólo de esos caminos se puede decir que se hacen al andar. De sus sucesores hay que decir que, al andar, se deshacen.

* * *

En el camino originario, el protagonista es el hombre, quien va dejando sobre el camino sudor, alegría y llanto. Lo incorpora a su cuerpo y sobre todo a su alma, lo impregna de recuerdos, lo vincula estrechamente a su lenguaje con una rica gama de derivados: *camino, caminar, caminante, encaminarse, descaminado: vía, viable, viador, desviado, extravío*, etc... El camino es un punto focal de vivencias, un fértil símbolo evocador. El camino, aún antes de ser, es pura posibilidad asequible, no para nuestras manos, sino para nuestros pies. Cuando se está haciendo, cuando está ya hecho, sigue siendo oferta virgen, de confuso destino o de preciso arribo. Oferta para el simple caminar, y sobre todo para caminar para algo o a algún sitio. Ir concertando esos *algo* es como revestir el camino de un entorno mágico, siempre ceñido al caminante, como su propia sombra: proyectos, deseos, esfuerzo y cansancio, desamparo y peligro, aspereza o dulzura, paisaje, sol y lluvia vividas, amor u odio, lucro o fidelidad, encuentro esperado o fortuito, cambiantes inesperados en el camino de ida... o en el de vuelta, felices o desventurados.

Eso de que el camino más corto es la línea recta queda para los geómetras. La naturaleza y la vida están llenas de curvas y desniveles, donde difícilmente dominamos con la vista el trazado de todo el camino; siempre quiebra por algún lado, se esconde, sube o baja, nos reserva dolores y gozos... a la vuelta de cualquier camino. Nos quedan los atajos, esos caminos venturosos —¿o tramposos?—, que nos enseñan a ahorrar, a ahorrar pasos y esfuerzos, y no siempre nos privan de cosas mejores; a veces requieren mayor esfuerzo. Hay una palabra dulce en euskera para designar esos caminitos dulces, casi perdidos entre helechos o entre insignificante hierba: *bidaxka*. Su conocimiento es casi secreto, o al menos es privativo de los conocedores de cada parcela de tierra. Pocos centímetros de camino bastan para que camine un hombre, o sus fieles compañeros, el asno y el caballo. Primero fueron los caminos, las veredas, las sendas.

Luego vino el carro y la carreta, con su peso y su espacio, con la dificultad de moverlos, de vencer desniveles. Se hicieron dueños del hombre y éste tuvo que inventar los caminos carretilos o carreteros, las carreteras, como antes había inventado los caminos de herradura. Fundiendo a hombre, carros y carretas en un mismo camino,

nacieron los caminos reales, los reyes de los caminos, antepasados de las autopistas. Los hacían o utilizaban los reyes, sus correos, los viajeros. Hoy el rey es el *auto*. Los reyes siempre han querido caminos rectos, lisos y seguros. Por eso ha nacido la autopista. ¿Verdad que no resultan los derivados *autopistar, autopistante, despistado* o, mejor, *desautopistado*? Es todo un síntoma. El hombre ha sido desplazado. Acaso se crea el rey de la autopista. El rey es el auto; el hombre es sólo el *chauffeur*.

* * *

En la medida en que el nuevo invento sigue siendo un camino, un camino hinchado y orgulloso, salido de madre, aunque sea simplemente un atajo en versión moderna, podemos referirnos a él con los módulos usuales que definen el camino: «por donde se va a algún lugar sin error», diría fray Luis de León. Claro que eso de error nos remite indefectiblemente al destino propuesto. Los caminos nunca fallan; siempre nos llevan a algún lugar y sin error, aunque no nos llevan al lugar deseado. El error es nuestro, nunca de los caminos. Por eso el camino ha sido un símbolo literario universal y secular, con no escasos relieves filosóficos, entrañablemente unido a las opciones humanas, al riesgo del desacierto, al acierto del destino; en suma, a la libertad. En cualquier bifurcación de caminos se nos plantea un problema cuando la señalización no es clara. ¡Y hay tantos cruces y bifurcaciones inseguros en la vida! Cuando Iñigo de Loyola persiguió por esos campos de Dios al moro que negaba la virginidad de María, llegado a un cruce equívoco, se dejó guiar por la decisión de su mula. Equivocó el camino la mula, pero acertó Iñigo, quien, de haber tomado el otro camino, hubiese parado en la cárcel por homicida, pues intención no le faltaba. El acierto en el camino está inseparablemente asociado a la meta que nos proponemos. Hay metas próximas e inmediatas, otras lejanas, hay metas últimas que dan sentido a toda la caminata de la vida. Es en éstas últimas donde más conforta la seguridad y donde más nos agobia la incertidumbre. De cara al destino, unos son fatalistas, otros providencialistas, otros nihilistas. La vida es un camino. «Nel mezzo del camin di nostra vita...», fueron las palabras de Dante al comienzo de su *Divina Commedia*.

En la autopista, ese misterioso «a algún lugar» se desvanece ante los gigantescos y numerosos carteles premonitorios: *Bilbao-Behobia*, con las consiguientes salidas indicadas del trayecto. Pero ¿a dónde vamos *en última instancia* cuando vamos a Vergara o a Zarauz? De esto se despreocupa la eficiente compañía constructora, solamente preocupada de que podamos correr e ir seguros. No se enreda en especulaciones filosóficas sobre si corriendo o yendo despacio. En definitiva ganamos o perdemos el tiempo.

Contra lo que dicen muchos, la autopista no une; simplemente acorta distancias y con ello nos despereza, nos incita a movernos. Acaso de ahí nazca mayor aproximación, y de ésta, la unión. Entre hombres, aproximarse físicamente no equivale necesariamente a unirse. Medimos la distancias estelares por años de luz; comenzamos a eliminar medidas espaciales entre ciudades: Eibar está a media

hora de San Sebastián, Bilbao a una hora. Y ¿para qué nos interesa que estén a ese *tiempo* de distancia? Entre otras cosas para eliminar lo intermedio y desinteresarnos de ello, para quitar obstáculos de nuestro camino. Y ¿quién definirá como obstáculo la contemplación de la torre de Usúrbil, del puerto multicolor de Orío, o de la cornisa Zarauz-Zumaya? Pasar por esas villas será un obstáculo exclusivamente desde el punto de vista de la prisa.

Por la autopista podemos acudir a una reunión con mayor rapidez, transportar mercancías a mayor velocidad; podemos correr para tomar un aperitivo en otra provincia o para gastar dinero en el casino de Biarritz. La autopista nos proporciona rapidez, seguridad, comodidad. ¿A dónde nos llevan estas «tres gracias» de la civilización moderna? ¿Para qué nos sirve el tiempo que —tan afanosa y costosamente— nos ahorramos? La autopista nos ha puesto ante los ojos paisajes nuevos e inéditos. Paisajes que los contemplamos (?) a 100 Km. de velocidad, cuando no contemplamos los antiguos y al alcance de nuestros ojos. La autopista es estúpida. El problema es el hombre.

Yo no puedo evitar la vivencia de encapsulamiento cuando recorro la autopista. Son fijas sus salidas y entradas. Una vez dentro, alambradas y protectores producen el efecto de una trampa gigante, parecida a la de las mallas de un gran parque zoológico. Bajo apariencia de soltura y libertad, nos rodea por todas partes un elemento aislante. Cada vez que paso por Bériz, recuerdo a un amigo, a tiro de piedra de la autopista, y añoro la delicia del camino, poco celoso de sus prerrogativas, resignado siempre al abandono y dispuesto a acogernos festivamente en el mismo sitio en que lo dejamos. Me gustan las pequeñas carreteras olvidadas y perdidas, curvilíneas y frondosas, solitarias, generosamente abiertas al desvío, a la parada, al encuentro, a la conversación, a la pregunta, a la ayuda espontánea, al vaso de vino, a la fuente de agua siempre y seguramente mineral... El día que todo sean autopistas, la Humanidad habrá perdido una experiencia de infinitas resonancias: una referencia, sin asidero tangible, la *vivencia* del camino.

* * *

A lo largo de la segura autopista yo he meditado sobre la evolución del camino, porque en la multisecular tradición religiosa judeo-cristiana el camino goza de un relieve y de una densidad espiritual del todo especiales. El camino es una sinfonía de innumerables y sorprendentes variaciones, porque pertenece a una experiencia concreta de cualquier hombre. No olvidemos que para los primeros hombres, de vida nómada, el camino representaba una conquista singular. (¿Acaso el auto no da lugar a otra modulación de nomadismo moderno?). Para el nómada el sendero era un imperativo vital, como sigue siendo para el hombre del desierto. La vivencia común y elemental del camino por parte del hombre ha suscitado en su alma una matriz simbólica, un arquetipo latente, en el que se expresan cosas variadas: una empresa concreta, la conducta, el curso de la vida, las normas que nos regulan en nuestros actos. Del rango humano, la matriz simbólica ha dado un salto para adentrarse en lo divino, como clave interpretativa. Es

sorprendente el uso riquísimo del símbolo del camino de que hace gala la Biblia.

En su forma plural, *los caminos*, la expresión ha servido para definir los designios de Dios, misteriosos y adorables; esos designios que siempre son justos (Dan 4, 34), hermosos y de paz (Prov 3, 17), santos e inmaculados (Ps 17, 31; 76, 14). Tobías ensalza los caminos de Dios, confundiendo con misericordia —amor— y verdad (Tob 3, 2). Ese amor y esa verdad no se ajustan siempre a nuestros cálculos, y están envueltos en misterio indescifrable. «¿Quién puede escudriñar tus caminos?», dice atónito el probado Job (36, 25); o de otra manera: «¿Quién señalará el camino a Dios?». Hay caminos y caminos. Isaías nos recuerda que los caminos o planes de Dios no son nuestros planes, y que, como el cielo está sobre la tierra, los caminos de Dios están sobre los nuestros (Is 55, 8-9). El misterio, densificado y aclarado, con la presencia de Cristo, hará exclamar a S. Pablo: «¿Qué insondables e irrastreables tus caminos o decisiones!» (Ro 11, 33).

El concepto de camino se viste de gala y alcanza nuevas calidades expresivas siempre que nos quiere dar cuenta de lo trascendente. La noche de los tiempos, el momento de la creación, son designados como «el comienzo de los caminos del Señor» (Prov 8, 22): en ese comienzo estaba presente la Sabiduría, que la Liturgia la transvasa hacia la predestinación de María Virgen. El camino de la tempestad, la ruta del relámpago y del trueno, la vía de la luz, son otras metáforas grandiosas para dibujar el poder de Dios que las conoce y fija (Job 38, 24-6; Sap 14, 3). En la memoria del pueblo judío quedó fijado imborrablemente un camino: el largo y pesado camino del éxodo, iniciado con el prodigioso camino y tránsito del Mar Rojo: ambos dispuestos y abiertos por la omnipotencia de Dios (Is 51, 10; Ps 76, 20). Como eco de tal recuerdo leemos la evocación providencialista del libro de la Sabiduría: «Trazaste un camino en el mismo mar y una senda segura entre las olas» (14, 3).

* * *

Rebajándolo de tan altos empeños y ciñéndolo a nuestra escala humana, el camino suscita variadas connotaciones, negativas o positivas. El camino en el desierto es lugar de peligro, porque en él aguarda el león (Prov 26, 13) o se esconde la venenosa culebra (Gen 49, 17). El camino es el lugar del desamparo, del ladrón, del vendimiador furtivo y saqueador (Ps 88, 42; 79, 13); es el lugar de la máxima desvergüenza y la más abyecta prostitución. A la hora de maldecir, se desea un camino tenebroso y resbaladizo (Ps 34, 6), un camino en que se tropiece (Ps 48, 14), así como el errar por tierra sin caminos, desierto y sin agua (Ps 106, 40), el caminar en tinieblas por resbaladeros (Jer 23, 12). La destrucción de caminos o el que se cubran de malezas, son signos y amenazas de castigo divino (Os 2, 6; Is 33, 8).

El camino también posee encantos: basta asomarse para ello al Nuevo Testamento. Los ciegos y leprosos se encontraron con Cristo, saliéndole al camino (Mt 20, 29; Lc 17, 11). El ciego pordiosero le esperó a la vera del camino (Lc 18, 36). El camino sabe de triunfo, de mantos y

palmas y gritos jubilosos un domingo radiante (Mt 21, 8), aunque unos días después supo de llantos y de gritos, de dolor insufrible, de cobardías y abandonos, que todo eso fue el primer *Via Crucis* o camino de la Cruz. El camino es oportunidad: mientras vamos de camino hacia el juez, podemos arreglarnos con nuestro adversario (Mt 5, 25). Es lugar de conversación con el Maestro (Mc 9, 32). A los que vagan por los caminos les llega la inesperada invitación a participar del banquete de bodas (Mt 22, 9). El camino es escenario de la desventura del caminante y de la caridad del samaritano (Lc 10, 30), y fue el lugar de la fe y del bautismo del eunuco etíope que se encontró con el Apóstol Felipe (Act 26, 28). En un camino Pablo se encontró definitivamente con Jesús de Nazaret (Act 9, 17). Camino duro es nuestro corazón, según las parábolas, y es de mal agüero que caiga la semilla a la vera del camino, porque será pisoteada por los viadantes (Mt 13, 4). El camino es testigo mudo de nuestras ausencias, y así «lloran los caminos de Sión, porque nadie viene a las grandes solemnidades» (Thr 1, 4).

* * *

La vida es camino, porque es proyecto, destino, esfuerzo. ¿Conocerá Dios nuestros senderos y se ocupará de ellos? (Is 40, 27). Al justo y al malvado les cosquillea esa pregunta, aunque con desigual vivencia. Dios conoce nuestro camino, nos dice Job (23, 10). Se abre un portillo a la confianza cuando creemos y profesamos que los «ojos de Dios saben los caminos de los hombres» (Job 34, 21), o que «nuestros caminos están patentes en su presencia» (Ps 118, 168; Prov 16, 7).

El camino tiene su curso y su destino, sus apariencias y su verdad. Nos tienta la duda. El justo se pregunta, en todos los tiempos, «por qué son prósperos los caminos de los malvados» (Job 21, 7). A veces creemos que son justos nuestros caminos y no los de Dios (Ez 15, 25). Existen equivocaciones amargas en el camino de la vida, engaños adormecedores. «Hay caminos que parecen derechos, pero van a parar a la muerte», nos dice el libro de los Proverbios (16, 25). Fracasan nuestros proyectos o su realización. En definitiva, somos hijos de nuestras obras, «comemos los frutos de nuestros caminos» o conductas (Is 57, 10).

No son iguales los caminos. Hay caminos de iniquidad (Ps 138, 34), de malvados (Prov 4, 14), de pecadores (Eccli 21, 11), caminos corrompidos (Gen 6, 12). Caminos de necesidad, que nos parecen rectos (Prov 12, 15). Y hay caminos de vida y de verdad (Prov 6, 23; 2 Petr 2, 2), caminos limpios e inmaculados, de rectitud, de paz, de salvación (Act 16, 17). El camino del justo no tiene tropiezos (Prov 15, 19).

Decir camino es decir elección, posibilidad de extravío. Elegimos el camino de la verdad (Ps 118, 30). ¿O acaso somos elegidos para él? La súplica más insistente dirigida a Dios en la Biblia es «Dirige mis caminos» (Gen 24, 40; Ps 5, 9; 24, 5; 118, 133), u otra equivalente como «Dame a conocer tus caminos» (Ps 24, 4). Libertad y providencialismo se entrecruzan incesantemente. «El hombre dispone

el camino, pero Dios dirige sus pasos», nos dicen los Proverbios (16, 9), fuente sin duda del refrán «El hombre propone y Dios dispone». Nos solicita la necesidad de elegir, y al mismo tiempo está latente un hondo sentir transido de misterio, como si nuestro destino nos escapara: «El Señor dirige los pasos del hombre; ¿cómo puede el hombre entender su camino? (Prov 20, 24).

Y sin embargo es necesario escudriñar, esclarecer nuestros caminos, justamente para rectificar. «Escudriñemos nuestros caminos —nuestra vida— y convirtámonos» (Thr 1, 40). El salmista medita profundamente sobre sus caminos o su pasado (Ps 118, 59). La meditación nos descubre nuestras muchas mentiras y errores, nuestros autoengaños, nuestras salidas del sendero justo. El pecado es sustancialmente un extravío. «Dejaron el camino que les mostré», reprocha Yahvé a su pueblo (Deut 9, 12). Abandonamos con frívola ligereza la senda justa: «¿Qué poco te cuesta cambiar de rumbo!» (Jer 2, 36). Nos encelamos en nuestra equivocación, y hasta se tuerce la mente cuando anda torcido el corazón: «¿Qué bien te has aprendido el mal camino! En tus manos hay sangre de inocentes... y encima dices "Soy inocente"» (Jer 2, 33). Nos cansamos en nuestra pecaminosa caminata y nos emperramos en ella: «Te cansabas de tanto caminar —para idolatrar—, pero no decías "es inútil"; encontrabas nueva fuerza y no desfallecías» (Is 57, 10). Convertirse no es sino rectificar el falso camino, volver al bueno, encaminarnos de nuevo (Jer 18, 11; Is 37, 29). Algo no fácil, en que la libertad parece rendirse a la coacción divina: «Conviértenos a Ti, y seremos convertidos» (Thr 5, 21). Vulgarmente: «Métenos en vereda». Como cura de nuestros devaneos de autonomía y suficiencia, Jeremías nos pone en los labios esta plegaria asignada: «Ya lo sé, Señor, que el hombre no es dueño de sus caminos, que nadie puede establecer su propio curso» (10, 23). También existe la fidelidad en el camino. El más bello elogio de Tobías es que «en la cautividad, no abandonó el camino de la verdad» (1, 2). ¡Hay tantas modulaciones modernas de cautiverio, de acoso, de extrañamiento!

* * *

Camino también significa la ruta marcada por Dios y su ley. Ante cada uno de nosotros se ofrece el camino de la vida o de la muerte (Jer 21, 8). Seremos premiados o castigados según nuestros caminos (Jer 17, 10). Conocer los caminos del Señor es saber y aceptar de buen grado los linderos marcados, las rutas señaladas (Ps 36, 34; 66, 3). Guardar sus caminos es lo mismo que observar su ley (Ps 17, 22), no con alma de esclavos y por temor, sino con espíritu filial y con amor. Suplicar «Muéstrame tu camino» lleva implícito el «Ayúdame a caminar». Sólo cuando iniciamos el camino con garbo y airosamente, avanzamos alegremente por los caminos de Dios. Nos sostiene la seguridad: «Me he mantenido en la senda prescrita, mis pisadas eran firmes en tus senderos y no vacilaron mis pasos» (Ps 16, 4). No hay más que un motor: el amor. Los octanos del amor son los de nuestra fuerza en el caminar, no la anchura de la pista. «Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchastes mi corazón», dice un

texto del Salmo 118, 32, que complacía a Santa Teresa de Lisieux.

No hay autopistas para el cielo. No hay caminos «rectos y seguros», y sobre todo fáciles y cómodos hacia Dios, como pregonaban viejos libros, en contraste con el dictado evangélico: «Es ancha y espaciosa la vía o camino que lleva a la perdición, y angosta la que lleva a la vida», dijo Cristo (Mt 7, 13). En la tradición cristiana se habla de un atajo: el de la cruz, muy poco cómodo y placentero. La ruta se presenta difícil. Y sin embargo el cristianismo se define como un «camino nuevo» (Hebr 10, 20), e inicialmente su profesión fue designada con el nombre de «camino» (Act 9, 2; 18, 25). ¿Cómo podía ser de otra suerte si quien le dio origen se autodefine como camino? La más alta dignidad que alcanzó jamás esta palabra fue sin duda, cuando el Hijo de Dios hecho hombre dijo de sí mismo: «YO SOY EL CAMINO» (Jo 14, 6). ¿Cómo no acudir para glosar este punto al magisterio de un gran teólogo y un delicado poeta: fray Luis de León?

Cristo es el camino del cielo, porque «si no es poniendo las pisadas en él y siguiendo su huella, ninguno va al cielo». «Nuestras obras, que son nuestros pasos, han de seguir las obras de El, y aun andando sobre él, porque si salen de El, van perdidas». Cristo sólo es el verdadero y universal camino y el que sustenta nuestros pasos. En El se contienen todas las diferencias de nuestros caminos: llanezas abiertas por donde caminan los flacos, sendas estrechas y altas para los esforzados. Por el camino de Cristo sólo caminan personas limpias, van llanas y sin estropezos, su senda resplandece.

Cristo es el «camino real en que todos los que quieren caben sin embarazarse»; «los que enderezan sus pasos conforme a Cristo, no se encuentran con nadie, a todos hacen ventaja». Cristo es la «calzada augusta y firme», nunca él puso engaño ni deslizaderos o despeñaderos». La descripción es una auténtica intuición de la autopista. Por no faltar nada, nos sale al paso el peaje. Sólo caminan por Cristo los redimidos, porque Cristo, como hermano y cabeza, «pagó, según todo derecho» lo que nosotros debíamos. En un despliegue de irisaciones simbólicas fray Luis nos dirá que Cristo es Camino, Guía, Guarda y Seguridad, retrato de nuestro origen, espejo de nuestro fin, ley, regla, mandamiento y ejemplo. «EL MISMO ES EL CAMINO QUE ANDAMOS Y EL QUE ANDA CON NOSOTROS Y EL QUE NOS INCITA A ANDAR»; es calzada allanada para los imperfectos, camino para los que tienen más fuerza y para los que son ya perfectos en El. Es puerta, es camino y es destino.

Casi me viene a la pluma el expresar que si Cristo hablase hoy, diría: «Yo soy la autopista». Mas las cosas y las palabras son como son. El símil moderno nos podía despistar. Prefiero la definición bíblica, «Yo soy el camino», siempre que no olvidemos lo que son los humildes caminos sin aparatosidad, llenos de misteriosos ruidos, perfumes, sombras y quiebras. Todo lo más, me permitiría una transposición moderna del sabio consejo: «En todos tus caminos —en todas tus autopistas— piensa en el Señor, y El allanará tus sendas» (Prov 3, 6).